

CAPÍTULO I

EL PUEBLO HISPANO-ROMANO

Dispersión de los descendientes de Noé

DESPUÉS de aquella espantosa catástrofe que aniquiló la vieja humanidad, inmundo receptáculo del vicio, donde el crimen tenía su natural asiento, y su feroz tortura la virtud, el depósito sagrado de la vida, que paseara por la superficie de las embravecidas ondas rudimentaria embarcación, único lazo de amistad que unía entonces al cielo con el hombre, descansó para empezar nueva carrera en la espléndida llanura de Sennar, fertilizada por aquellos dos viejos testigos de la primera y más sublime soberbia de los hombres, en cuyas riberas nació y desarrollóse, con sorprendente majestad, la primitiva civilización material del género humano, después del Diluvio. Comienza un nuevo desenvolvimiento de la humanidad: la vida se acorta, pero la especie humana se propaga prodigiosamente. Todo cambia; todo se transforma. Ansiosa está la tierra de producir frutos; pero la escasez de las subsistencias, originada por la resistencia natural del suelo, no obstante la admirable fecundidad que le prestaron las aguas diluviales; los exiguos y deficientes medios de que podían echar mano aquellas primitivas generaciones para

roturar la tierra, combinado todo con el secreto impulso, con la fuerza misteriosa que movía á los hombres á su dispersión y propagación por toda la superficie del globo, teniendo además en cuenta las multiplicadas discordias intestinas, siempre renacientes en el seno de aquella originaria sociedad, de instintos groseros y brutales, sin conciencia de un fin noble y elevado que ligara sus voluntades y armonizara sus esfuerzos, sin verdadera religión (por más que el sentimiento religioso fuera innato en su corazón), y por ende, falta de justicia, de orden, de libertad, de derecho y de otros atributos indispensables al buen régimen y feliz ordenamiento de las sociedades políticas; pensando únicamente en la manera de satisfacer sus necesidades naturales y bajos sentimientos; originaron, después de haber intentado insultar al cielo con la erección de aquel famoso «monumento primero del orgullo y fragilidad de los hombres» (Bossuet), y de ver confundido para siempre su lenguaje, aquellas poderosísimas corrientes humanas, que, á manera de ríos caudalosos, se lanzaron, destrozando selvas y salvando precipicios, franqueando montañas y arrostrando furiosas tempestades, hambre horrible y toda suerte de calamidades, y miserias, y muerte, y exterminio, hasta los últimos confines de la tierra, para formar, después de prodigiosos esfuerzos y terribles combates, las naciones y los pueblos.

II

Iberos

Así vemos aparecer en la cuenca del Tigris y del Eufrates aquellos dos colosos de la civilización antigua, Nínive y Babilonia, «la orgullosa entre los reinos» (Isaías), los primeros en la cultura material, pero también los primeros que erigieron en sistema la degradación moral; y en las fértiles riberas del caudaloso Nilo, río sagrado, cuyo origen estaba velado á las profanas miradas de los mortales, fundan potente imperio los descendientes de Cham, «el tostado por el sol,» «siervo de los siervos de sus hermanos» (Génesis); mientras el pueblo elegido por Dios para que fuese depositario de su Ley santa, y sirviera de lazo de unión entre la Divinidad y las naciones, que con tanta facilidad se olvidaban de su Creador, establecíase, guiado por Abraham, el primero de los Patriarcas, «á quien envió huéspedes el cielo» (Bossuet), y Dios eligió para que fuera tronco de los creyentes, á fin de que por él y por Jesucristo, su descendiente, se extendiera la bendición del Todopoderoso sobre todos los pueblos de la tierra, en el país de Chanaan, patria prometida á los descendientes de sus biznietos. Alcanzan poderosa civilización

en la comarca á que dieron su nombre los Fenicios, familia chamita, pero de cultura semita, que dió origen á Cartago.

Entre tanto los descendientes de Jafet, destinados á dominar el mundo, vegetaban en las áridas regiones de la Bactriana, semillero fecundísimo de seres humanos, y punto de partida de las tribus nómadas que habían de poblar á Europa y el resto de Asia. Los más arrojados, y quizás también los más débiles, los que primero huelan el virgen suelo de Europa, son los aborígenes de nuestra patria, los Iberos. Del Cáucaso, donde dejaron hermanos, primera estación en su marcha errante y atrevida al través de barreras naturales poco menos que infranqueables, costeando el mar Negro, se lanzaron á la cuenca del Danubio, y, guiados probablemente por la corriente vertiginosa del Ródano, coronaron las ingentes crestas de los Pirineos, enamorándose de un país tan bello, como dicen candorosamente nuestras Crónicas, y difundiéndose por toda España.

La gran familia Celta, á la cual creen muchos que pertenecían los Iberos, puebla las Galias (*Galos*), el Jutlán, las islas Británicas, Armórica, Bélgica y las orillas de los mares Negro y Azof y la península de Crimea (*Kimris*); mientras sus hermanos de origen, los Javanas ó Pelasgos, se establecían en el Asia Menor, Grecia y Mediodía de Italia.

El NE. de la Bactriana fué ocupado por otra numerosísima familia del tronco aryo-jafético, la Turania ó Escita, dividida en dos grandes ramas; la Húngaro-Finica y la Draviniana, comprendiendo la primera los Turcos, Tártaros, Húngaros, Finlandeses y casi todas las tribus que poblaron las vertientes de los Urales y Norte de Rusia; y la segunda, la primitiva población del Indostán. Los Arios de pura raza, divididos en dos corrientes, conquistaban: los unos, Ario-Iranios y Farsis, á Media y Persia; y los otros, la raza brahmánica, atravesando la cadena del Yudu-Kusch, la India, sometiendo las poblaciones camítica y draviniana.

Otras dos grandes familias del tronco ariano, la Germana y la Eslava, establecidas desde mucho tiempo atrás en Escitia, se desparramaron por las regiones del Centro, Norte y Noroeste de Europa, empujadas por las tribus turanio-fínicas.

III

Celtas y Celtiberos

AUNQUE es opinión común que los Celtas fueron los primitivos pobladores de Europa después del Diluvio, pónese en tela de juicio en nuestros días, si encontraron ya á su llegada una primera capa de población, que en todo caso no podría ser otra que la finesa, procedente del tronco turanio, la misma que constituyó las habitaciones humanas llamadas lacustres, pues que los Celtas gozaban ya de un grado mayor de civilización que el que demuestran tales construcciones. Sea de esto lo que quiera, y que no importa á nuestro propósito, lo que parece estar fuera de toda duda es que, repartida España, tal vez en su totalidad, entre las tribus iberas, sufrió una nueva invasión de Celtas, quién asegura que por los Pirineos, quién que por el Atlántico, siguiendo en este caso la misma ruta que los Normandos recorrieron, muy entrados ya los tiempos históricos; cosa que nada tendría de particular, pues Tito Livio y Estrabón afirman que los Vénetos de la Armórica colonizaron las costas septentrionales del Adriático, atravesando el estrecho de Gibraltar mucho antes que los Fenicios, en contrario sentido al de éstos.

La nueva invasión celta produjo un primer cataclismo en la Península, como lo prueba la emigración á Italia de las tribus iberas de los Sicanos y Ligurios, que no abandonarían por su gusto el terreno donde estaban establecidas.

Queda España con esto dividida entre los Celtas al NO., y los Iberos al SE., ocupando el centro un nuevo pueblo, fusión de los anteriores, el Celtíbero.

IV

Estado social, político y religioso de los primitivos españoles

ROSERAS, sin policía ni crianza fueron antiguamente las costumbres de los Españoles. Sus ingenios más de fieras que de hombres.—Así se expresa el P. Mariana en su clásica *Historia*, dando sin embargo escasa importancia á la pintura de caracteres y costumbres de los pueblos, cuyos hechos narra con tan admirable estilo. Siguiendo nuestras Crónicas, por más que se note en él cierta vacilación en creer lo mismo que refiere, y atraído por los escritores griegos y romanos á quienes tomó por modelo, se entretiene nuestro Tácito en referirnos los grandiosos sucesos realizados por una larga serie de reyes y héroes imaginarios, que la crítica moderna desecha por completo, por no apoyarse en datos serios, y ser de todo punto imposible admitir para aquella época primitiva un estado de cultura muy superior, por cierto, al de muchos pueblos civilizados.

Pero si no nos es posible admitir tantas y tan bien hilvanadas fábulas, tampoco hemos de caer en el error contrario, suponiendo que los primitivos habitantes de nuestro suelo vivían sumer-

gidos en la mayor barbarie. Es muy posible que esos brillantes reinados de los Geriones, Hispano, Hespero, Atlas, Sículo, etc., sean vagos recuerdos ó tradiciones conservadas por los Españoles, embellecidos por su fogosa fantasía, y ordenados por los escritores clásicos y nacionales. Tampoco podemos dar entero crédito á la pintura que de nuestros indígenas nos legaron los historiadores romanos ó griegos, pues éstos generalmente nos retratan al pueblo español tal como ellos lo conocieron. Hoy, merced á los admirables adelantos de la Etnografía y Antropología, de la Filología comparada, y de la Arqueología y Geología, podemos, con relativa seguridad, no sólo investigar el origen de los pueblos, sino también el grado de civilización y cultura que llegaron á alcanzar. Si bien no tenemos datos ciertos en que apoyarnos para investigar el estado social de los Españoles en esta primitiva época, podemos, sin embargo, procediendo por analogía, por lo que hoy mismo podemos observar en pueblos faltos de civilización, ó que sólo gozan de rudimentaria cultura (teniendo muy en cuenta la enorme distancia que ofrece entre unos y otros pueblos la diferencia de raza, religión, clima, terreno, ocupación, etc.), y por las investigaciones laboriosísimas que acerca de otros pueblos hermanos han llevado á cabo espíritus superiores, podemos, repetimos, presentar con cierto carácter de verdad el cuadro de la civilización

que llegaron á conseguir nuestros primitivos progenitores.

Cosa cierta es que los Iberos adelantáronse en su emigración á todas las demás tribus que invadieron á Europa: así lo prueba, entre otros, el hecho elocuentísimo de que ocuparan las comarcas más occidentales de esta parte del mundo. Tras ellos, á la par en ocasiones, quizá adelantándose, según el vacilante parecer de Pictet, siguieron los Celtas, de los cuales los Iberos no son más que una rama. Ponen muchos historiadores la época de la primera ocupación de España por los años 2000 antes de Jesucristo, es decir, según la cronología de Bossuet, unos 247 después de la torre de Babel. La construcción de este soberbio monumento, que restauró Nabucodonosor, supone gran adelanto en las artes materiales, y su concepción, alientos de gigante. La raza más apta para la civilización es, sin duda alguna, la ariana. Luego es fácil colegir que los Iberos conservarían palpitantes recuerdos de la cultura que los descendientes de Noé alcanzaron en las orillas del Eufrates, cultura transmitida por el Patriarca, si bien degenerada por el olvido de los preceptos divinos. Y aunque es muy cierto que los pueblos celtas, como todos los emigrantes, se embrutecieron mucho á causa de su difícilísima peregrinación por toda Europa, por la dificultad de las subsistencias al través de un terreno inculto, poblado de fieras y sembrado de obs-

táculos, no por eso hemos de creer que á su llegada á España estuvieran sumergidos en un lamentable estado de barbarie. La material constitución del suelo les obligó al aislamiento, al cual tendían, por otra parte, aquellas tribus, por efecto de su propia y peculiar organización. La Península estaba convertida en un inmenso bosque, cortado por una infinidad de torrentes, arroyos y ríos. Y como éstos últimos son vías naturales para la civilización, claro está que aquellas tribus se establecerían en los valles, al abrigo de las montañas y al amparo de los ríos, en las grandes llanuras y en las costas.

Sus cotidianas ocupaciones fueron la caza, la pesca y la grosera roturación de los terrenos. Más hábiles é inteligentes que sus hermanos de origen, los Germanos y Eslavos, quienes repugnaban vivir bajo cubierto, aún mucho más tarde, cuando ya conocían la espléndida civilización romana, pronto cubrieron de pueblos el suelo de la patria. Innumerables son las ciudades que conocemos construídas por ellos. Sus adelantos materiales eran importantes, puesto que los Galayos conocían de tiempo inmemorial el valor del oro: Silio Itálico los llama *avaros*, y Lucano *astur scrutator pallidus auri*.

Sumamente sencilla era su organización política: vivían gobernados por los jefes de las tribus, por sus reyes, descendientes de las primeras familias, á las cuales tributaban extraordina-

ria veneración y respeto: Istolacio é Indortes, Indíbil y Mandonio, se immortalizaron más tarde en las primeras guerras de independencia: ya hemos observado que en las primitivas dinastías, con tanta nimiedad detalladas por algunos historiadores, debemos ver un fondo verdadero, por desgracia hoy día imposible de precisar. Sin duda alguna que existía una especie de nobleza semejante á la germana: la esclavitud no alcanzó en nuestra Patria grandes proporciones, como en la selva de Germania y en Oriente; que el carácter español jamás ha tolerado el despotismo. Los Celtas, vencedores de los Iberos, en vez de esclavizarlos, se funden con ellos. Cuando los Fenicios tratan de oprimirlos, enséñanles los Españoles, con elocuentes lecciones, la manera cómo saben hacer respetar su independencia: desde el principio, el pueblo español fué libre, y por defender su libertad ha sostenido en el transcurso de los siglos titánicas empresas. Guerras frecuentes sostenían las tribus entre sí, pero también conocían las alianzas, como lo prueban sus guerras contra los primeros invasores. Sabían fabricar armas, como los escudos llamados *peltas*, de los Cántabros, y domar caballos, y utilizarlos para la guerra. Es muy posible que no conocieran el arte de navegar, pues nunca lo necesitaron. Fueron muy inteligentes en el cultivo de los campos: algunas de sus construcciones agrícolas, como los sótanos ó silos donde conservaban el

trigo, han llegado á nuestros días: conocían las bebidas espirituosas, pero no abusaban de ellas.

Lo que mejor prueba su estado de cultura, relativamente superior, es el culto que tributaban á un solo Dios incorpóreo é incorruptible, autor de todo lo creado, que nos recuerda el Jehová de los Hebreos; y si bien Estrabón oyó decir que los Galaicos no tenían un Dios á quien adorar, debe entenderse que su culto no era conocido, pues es muy posible que veneraran á un Dios *innominado*, como los Celtíberos, quienes expresaban sus sentimientos religiosos bailando en las puertas de sus casas durante los plenilunios (*saltus agitantés*). San Agustín (*De Civitate Dei*) afirma que los Españoles tenían una religión espiritual; probando esto lo que tenemos dicho: que los Iberos y Celtas conservaban vivísimos recuerdos de su primitiva cultura. Casi puede afirmarse que no conocieron los sacrificios sangrientos; y si más adelante los usaron, fué porque se los enseñaron sus explotadores.

V

Carácter del pueblo español

LA variadísima fisonomía del suelo español, cortado por gigantes cordilleras que encierran riquísimos valles, regados por caudalosos ríos; sus magníficas laderas cubiertas de espesos bosques por entre los que serpentean multitud de murmuradores arroyuelos; su riqueza incomparable en toda suerte de metales; la asombrosa fertilidad del terreno, muy apto para distintas clases de cultivo; su dilatada costa, prodigiosamente accidentada; sus extensas mesetas centrales, sembradas de inagotables pastos, y graneros fecundísimos de toda especie de cereales; su privilegiado clima, sano, agradable y variado, como ninguno; y el purísimo azul del cielo, que cobija este noble solar español, tan codiciado por todos los pueblos, que ha sustentado tanta grandeza y heroísmo, y excitado la admiración del mundo entero, cuando la baja y ruin calumnia no se ha complacido en envilecer nuestras incomparables glorias nacionales; todas esas causas y otras muchas que pudiéremos enumerar, obligaron á nuestros primeros pobladores, á la vez que á elevar su corazón al cielo, henchido de entusiasmo por la contemplación del sublime, maravillo-

so y sorprendente espectáculo de una naturaleza sin rival (y por esto mismo no podían ser ateos ni adoradores de bajos ídolos), á adoptar distinto género de costumbres, y ofrecer multiplicadas, aunque somerísimas, diferencias de carácter. Así, mientras los Cántabros, eternos defensores de su sagrada libertad é independencia, se distinguían por su indomable valor y arrojado espíritu, por su intrépida arrogancia y energía incontrastable y furor terrible contra toda clase de enemigos que intentara sojuzgarlos, y por riquísimas dotes de corazón, de cuyas virtudes participaban sus hermanos los audaces Vascos y Galaicos, eran astutos, ágiles y atrevidos los Lusitanos, inconstantes de suyo, pero incansables guerreros, cuya ocupación favorita era el combate; mientras los Vacceos, la tribu nómada por excelencia, cultivaba, pastoreaba y combatía al mismo tiempo, defendiendo con invencible intrepidez sus hogares y rebaños; francos, leales, hospitalarios, como todo pueblo agrícola, en lo que se les parecían las otras tribus congéneres de los Arevacos, Carpetanos y Oretanos. Vivían los Iberos de pura raza entregados á una vida más muelle y regalada, acariciados por las suaves brisas del Mediterráneo, por el cielo transparente de la Bética, los amenísimos jardines de Valencia y Murcia y la riquísima variedad de Aragón y Cataluña: laboriosos é inteligentes en el N.E., y frugales y económicos, indolentes y soñadores en el S.E.,

gozando de las dulzuras de su privilegiado clima, acicate poderoso de su brillante fantasía, y de los esfuerzos inagotables de una naturaleza sin rival; pero al mismo tiempo entusiastas defensores de su independencia, como lo prueban Sagunto y Estepa; amantes de la justicia; admiradores de todo lo bello, sublime y heroico, siendo el entusiasmo la cuerda más vibrante de su alma, y el desprendimiento y la generosidad sus atributos más constantes y preciados.

En medio de esta magnífica variedad de caracteres podemos ya señalar los que constituyen la índole propia, y á veces exclusiva, del pueblo español: caracteres que el transcurso de los siglos no ha borrado ni borrará jamás mientras la nación española exista sobre la superficie de la tierra, y cuyos fulgurantes destellos vemos aparecer en Sagunto y Numancia, en Zaragoza y Gerona; lo mismo en los mártires de Daciano que en los de Abderrahmán II y Mahomed I; en Simancas, las Navas y el Salado, como en Sagunto, Mulhberg y Bailén; en Europa y Africa, como en América, y en las tres guerras dinástico-religiosas que, con asombro del mundo y admiración de propios y extraños, hemos sostenido en lo que va de siglo. Tales son: el ardentísimo sentimiento de libertad é independencia, la piedad, el valor, la generosidad, la sobriedad, la tendencia al aislamiento, la confianza en Dios y en nuestras propias fuerzas, la veneración á nues-

tras sacrosantas tradiciones, la hidalguía, el honor, la austera virtud, el inagotable espíritu de sacrificio, el entusiasmo por el bien, por las acciones nobles y generosas, y el perdón de las injurias.

VI

Fenicios y Griegos

FELICES, en medio de su encantadora sencillez, vivían nuestros primeros antepasados, cuando arribaron á las playas andaluzas los primeros bajeles fenicios en busca de las riquezas que atesoraba nuestro suelo. Fundan á Cádiz, Málaga, Córdoba, Sevilla y otras muchas poblaciones en las riberas del Guadalquivir y en la costa. Mas, como su objeto no era otro que el lucro, los naturales recibieronlos sin desconfianza, entregándoles fabulosas cantidades de oro y plata á cambio de aceite y objetos manufacturados.

Con el mismo fin fundan más tarde los Griegos nuevas y florecientes colonias en la costa oriental, distinguiéndose sobre todas Rosas, Ampurias, Sagunto y Denia. Comunican unas y otras á los naturales los adelantos de su cultura y su falsa y vergonzosa religión; pero su influencia no fué ni duradera ni eficaz, ni pudo extenderse á las tribus del Centro y N.O., con las que no estuvieron en contacto. Por otra parte, su objeto no fué civilizar, ni les convenía hacerlo, agregándose la circunstancia, con respecto á los Fenicios, de ser estos chamitas de origen, raza inepta para transmitir la civilización, ni siquiera para

hacer grandes progresos morales y materiales, pues hoy no cuentan sus descendientes un solo pueblo civilizado; y si lo eran los Fenicios, debióse al contacto de los pueblos semitas de Palestina y Siria, que dominaron. Así es que, á pesar de haber tratado los Fenicios mil años, por lo menos, con nuestros indígenas, y cuatrocientos los Griegos, su dominación pasó como un meteoro, dejando muy pocas huellas en la península.